

EDUARDO GIL BERA

ESTA CANALLA  
DE LITERATURA

QUINCE ENSAYOS BIOGRÁFICOS  
SOBRE JOSEPH ROTH

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2015 by Eduardo Gil Bera  
© de la ilustración de la cubierta, 2015 by Xavier Serra  
de Rivera, VEGAP, Barcelona.  
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de *Naturaleza muerta* (2000),  
de Serra de Rivera

ISBN: 978-84-16011-47-6  
DEPÓSITO LEGAL: B. 6581-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Penetrarse del hecho	7
Un periodista <i>sub auspiciis imperatoris</i>	20
«Muniu Faktisch»	30
Dios pasea de incógnito y habla con nuestro corresponsal	36
Pequeño mundo al revés	43
Parientes	57
El amigo benefactor	70
Huidas	119
La serie de artículos sobre Barcelona	131
Quebrantos	137
El caballero de industria	145
El eterno burgués	157
El don del sufrimiento	174
Esta mañana ha llegado una carta	187
Lo increíble	199
<i>Bibliografía selecta</i>	206

## PENETRARSE DEL HECHO

A finales de julio de 1926, Joseph Roth partió de Viena hacia Moscú, de allá se dirigió a Leningrado, luego navegó por el Volga, llegó al mar Caspio, recorrió la costa hasta Bakú y visitó el Cáucaso. Había partido con gran ilusión y provisto de un buen número de direcciones de posibles interlocutores, desde Serguéi Eisenstein hasta Isaak Babel. Desde el 18 de septiembre y durante cuatro meses, se publicaron en el *Frankfurter Zeitung*, una vez por semana, sus reportajes sobre el gran país que había hecho la revolución.

En su entrega del 5 de octubre, «Por el Volga hasta Astracán», reflexionaba sobre la nueva división de clases en la sociedad soviética y mostraba irónica comprensión por las conquistas del joven Estado, muy celebradas por comerciantes y hosteleros. Roth se encontraba entonces en Odesa y, al mismo tiempo que enviaba el artículo para el periódico, escribía a Benno Reifenberg:<sup>1</sup>

Aquí estoy leyendo a ratos a Lenin y a Victor Hugo, escritos políticos, compra casual, barato, viejo. Quizá lo note usted en mis artículos. Lenin es una gran cabeza dialéctica, Hugo es un gran corazón dialéctico y un estilista todavía más grande. Añooro París, no he renunciado a él, ni por un momento. Yo soy un francés oriental, un humanista, un racionalista con religión, un católico con cerebro judío, un auténtico revolucionario.

<sup>1</sup> Benno Reifenberg (1892-1970) fue redactor jefe de la sección cultural del *Frankfurter Zeitung* desde 1924. Durante los siete años—con entreactos—que duró su relación, ejerció de confidente y hermano mayor de Joseph Roth.

La carta alude a otra muy anterior, enviada al mismo interlocutor el 16 de mayo de 1925, cuando Roth estaba recién incorporado a su correspondencia en la capital francesa:

Esta carta no debe hacerle creer que me he vuelto loco de entusiasmo por Francia y París. Le escribo a usted con la más nítida presencia de ánimo, en plena posesión de mi escepticismo y a riesgo de perpetrar una «ranciedad», que es lo peor que me podría pasar. Me urge decirle *personalmente* que París es la capital del mundo y debería usted venir. Quien no ha estado aquí es sólo medio individuo y en absoluto europeo. París es libre, espiritual en su sentido más noble, e irónico con el *pathos* más soberbio. Cualquier chófer es más ingenioso que nuestros novelistas. La verdad es que somos un pueblo desdichado. Aquí me sonríe todo el mundo; amo a todas las mujeres, también a las más viejas, tanto como para hacerles proposiciones; podría llorar cuando voy por los puentes del Sena; aquí me encuentro por primera vez conmovido ante los edificios y las calles; con todos me siento en casa, aunque continuamente malinterpretamos cuándo se trata de realidad y, ya que nos entendemos tan bien, cuándo se trata de matices. Si yo fuera un escritor francés, no imprimiría nada, todo lo leería de viva voz. Los tratantes de ganado con los que desayuno son distinguidos y nobles, más que nuestros ministros; el patriotismo está *aquí* justificado, el nacionalismo es una manifestación de la conciencia *europaea*; cada anuncio es un poema, los bandos municipales son tan consumados como nuestra mejor prosa, los carteles de cine contienen más fantasía y psicología que nuestras novelas modernas; los soldados son niños que juegan; los policías, cronistas divertidos. [...] Pero aquí los alemanes, los del norte, quiero decir, están llenos de odio por la ciudad, no ven nada, no sienten nada. Discutí, por ejemplo, con Palitzsch, que es, no obstante, un tipo fino de alemán del norte, y que sólo puede comprender mi entusiasmo a partir de mis dotes poéticas, y lo disculpa. ¡Él disculpa! ¡Yo soy un poeta! La «objetividad» del alemán del norte es un disimulo de su falta de instinto, de su nariz, que no es un órgano del olfato, sino del resfriado. Mi «subjetividad» es objetiva en el más

alto grado. Lo que yo huelo no lo verá él ni al cabo de diez años.

Estoy muy triste. Porque no hay puentes entre razas y jamás habrá un enlace entre Prusia y Francia. Me siento en restaurantes al lado de alemanes, me saluda el camarero, me sonrío la camarera, el director, el mozo, y a ellos se les trata con frialdad neutra. Emanan de ellos una tiesura insoportable, no respiran aire, sino cercas y muros, y, a todo esto, a veces hablan mejor que yo. ¿De qué viene eso? Es la voz de la sangre y del catolicismo. París es católico en el sentido más mundano de esa religión, al mismo tiempo expresión europea del judaísmo universal.

Roth se había exiliado desde las elecciones del 26 de abril de 1925. Un día antes, se encontró en Leipzig con Max Krell<sup>2</sup> y le dijo: «Si sale Hindenburg, me marchó, ya sé lo que vendrá después». Por tanto, su viaje a Francia como corresponsal del *Frankfurter Zeitung* fue una huida de la realidad de Alemania. Durante el verano de 1925, viajó por el sur de Francia y trabajó en dos libros al mismo tiempo: *Judíos errantes* y *Las ciudades blancas*. Entretanto, sopesaba la posibilidad de emigrar a México.

México había sido mítico entre los primos Grübel, hijos del hermano mayor de la madre de Roth, con los que éste vivió durante su época de estudiante en Lemberg. El primo Miguel emigró en efecto a México y se hizo mexicano. Y Roth volvió a pensar en la posibilidad de huir de Francia a México mucho más tarde, en 1938. Pero el primo Miguel no pudo ayudarle y no consiguió los preceptivos papeles. Por entonces escribió en el prólogo para una nueva edición de *Judíos errantes*:

¡Ah, el mundo vulgar piensa según patrones tradicionales, perezosos, manidos! Al caminante no se le pregunta adónde va, sino de dónde viene. Sin embargo, lo que a un caminante le importa

<sup>2</sup> Max Krell (1887-1962), escritor; en esta fecha, redactor de la editorial Ullstein.

es su destino, no su punto de partida. [...] En un mundo como éste no se trata ya de que sea imposible el que los emigrantes reciban pan y trabajo: es casi un sobreentendido. Pero es que también es imposible que reciban una de esas cosas que llamamos «papeles». Y ¿qué es un ser humano sin papeles? ¡Menos que un papel sin un ser humano!

La víspera de su partida de París hacia Marsella, en una carta del 27 de junio de 1925 a Bernard von Brentano,<sup>3</sup> hacía una de sus primeras alusiones a la bebida: «Estoy enfermo: hígado de bebedor. Me llega hasta el corazón».

Y a finales de ese mismo verano, escribía a Reifenberg desde Marsella:

Mi viaje termina a mediados de septiembre. Tengo material para un libro. También en esto le pido un consejo de redacción: puedo escribir un libro totalmente «subjetivo», o sea, objetivo en el mayor grado. La «confesión» de un hombre joven, resignado, escéptico, que viaja a donde sea, a una edad en la que ya le es del todo indiferente si ve algo nuevo o no. Y en la cual ya no hay «romanticismo del viaje». Y ve los últimos restos de una Europa que aún no tiene ni idea de su cada vez más honda americanización y bolchevización. [...] Quisiera trabajar en este libro en París durante dos semanas. Espero que no ceda usted ante el punto de vista alemán de que no se puede escribir rápido un buen libro. Yo sólo sé escribir bien y rápido. Los alemanes escriben científicamente también los libros poéticos. Sienten científicamente, por eso son lentos. El moroso trabajo de un Flaubert, por ejemplo, estriba en condiciones previas totalmente distintas, a saber, en la pereza. Desde la escuela sabrá usted que se puede empollar todo el día con la mayor de las perezas en el alma.

<sup>3</sup> Bernard von Brentano (1901-1964), en esta fecha iba a comenzar su colaboración en la corresponsalía berlinesa del *Frankfurter Zeitung* por recomendación de Roth.

En estas dos semanas no le escribiré a usted nada. Luego iré con el libro a *Fráncfort*. Y, por cierto, no sólo con motivo del libro, sino también a ponerme de acuerdo con la editorial sobre los próximos meses. [...] ¿No tengo que ir a Fráncfort? ¿Puedo quedarme un invierno en París? Más tiempo tampoco me interesaría. ¿Puedo ir a un país desconocido—pienso en Yugoslavia—y escribir otro libro? ¿Tengo que renunciar a 100 marcos y rescatarme por ese precio de Alemania? ¿Puedo ir a Moscú? [...]

*Estoy muy desesperado*. Ya no puedo ir a Viena desde que los socialistas judíos hacen semejante barullo de anexión. ¿Qué quieren? ¿Quieren a Hindenburg? Cierto es que, cuando murió el emperador Francisco José, yo era un «revolucionario», pero lloré. Me enrolé voluntario por un año en un regimiento vienés, una «tropa de élite» que montaba guardia de honor ante la cripta de los capuchinos, y lloré de veras. Una época quedó enterrada. Con la anexión se enterrará una *cultura*. Todos los europeos deberían estar contra la anexión. Y sólo la mediocridad de mollera socialdemócrata lo ignora. ¡Qué poca diferencia entre la cosmovisión nacionalista alemana y la socialista! ¡Entre judío y cristiano! La mediocridad une a sus adeptos de las más diversas madrigueras con más fuerza de lo que podría hacerlo un principio, un ideal. ¿No se siente que una Austria independiente sigue siendo la promesa de una Europa unida? ¿Tiene que convertirse en una Baviera? Ay, más que la reacción alemana, detesto esa limitada capacidad alemana, la probidad, la honorabilidad, el tipo Löbe,<sup>4</sup> el tenedor de libros que ha entrado en política. Esos sujetos deberían ser funcionarios, no políticos. Y sólo porque en Alemania no hay políticos, los funcionarios hacen política y en los ministerios se sientan los idiotas, y, como las cárceles están saturadas, los criminales se han acuartelado en los despachos de la policía. ¡No puedo, no puedo ir a Alemania!

<sup>4</sup> Paul Löbe (1875-1967), socialista, presidente del Reichstag.



Poco después, Roth supo que la corresponsalía del periódico en París sería confiada a Sieburg,<sup>5</sup> con quien mantenía una pésima relación. Su viaje a Fráncfort tampoco sirvió para aclarar su situación en la redacción, ni en Alemania. Como le escribía a Brentano:

En esta sociedad no quisiera yo ser conocido ni leído. La aristocracia está sometida a la industria; la industria, a su vez, a los bancos, y vuelta a empezar. Es un mundo que se muere de feo. [...] Esta gente aún tendrá el poder cinco años. Las maneras les conferirían supremacía sobre el proletariado, pero ahora ellos mismos son plebeyos sin maneras. Los proletarios tienen mucho más gusto. [...]

Cada vez estoy más solo, querido amigo. En las mil pequeñeces de la vida, en cuestiones de gusto, comida, ropa, restaurantes y diversiones, aún más solo que en las de los principios y la concepción del mundo. A veces llega un eco de Reifenberg. Hasta mi mujer se aleja de mí, pese a su amor. Ella es normal y yo soy lo que cabría calificar como loco. Ella no reacciona como yo, ni de manera tan vehemente, ni con tanta agitación, ella es menos determinable atmosféricamente, ella es directa y sensata. A mí ahora me irrita todo: la conversación de la mesa vecina, una mirada, un vestido, un modo de andar. De veras que no es «normal». Me temo que acabaré por abandonar toda sociedad y por romper todo contacto. Ya no me creo nada. Miro con lupa. Quito la cáscara a las cosas y las personas, dejo al aire sus secretos, y luego, claro, uno ya no puede creer. Sé con anterioridad cómo se forma y cambia, y también qué hará el objeto que observo. Puede que sea de otro modo, pero mi conocimiento de él es tan profundo que se conduce exactamente como lo he pensado. Si se me ocurre que alguien va a cometer una vileza, ya la está haciendo. Me convierto en un peligro para las personas respetables sólo a causa de mi conocimiento de ellas.

<sup>5</sup> Friedrich Sieburg (1893-1964), a partir de 1942, jefe del servicio de prensa nazi en París.